La Voz de Galicia

DOMINGO
21 DE ENERO
DEL 2018

SUSCRIPCIONES
Teléfono gratuito 900 15
CENTRALITA 981 180 180

OTRAS LETRAS

Qué hacemos con Woody

Fernanda Tabarés

A Oprah Winfrey le ha bastado una escueta sugerencia para dejar al borde del abismo la carrera de uno de los grandes. Woody Allen se juega cerrar con honores una de las mejores biografías cinematográficas de la historia, arrollado por la revolucionaria alianza de este basta ya feminista que recorre Occidente y que en Estados Unidos ha sido bautizado con el nombre de *Time's up*. Allen ha creado unas cuantas obras maestras y desarrollado un estilo narrativo único pero Allan Stewart Königsberg, la persona detrás del artista, afronta un escrutinio público del que no va a salir indemne.

Oprah Winfrey y Shonda Rhimes, palabras muy mayores en Hollywood, han lanzado la pregunta sobre el director de *Annie Hall*, a quien una de sus hijas adoptivas denunció por supuestos abusos y que en 1992 inició una relación con otra de las hijas adoptivas de su ex mujer cuando tenía 55 años y la elegida, Soon Yi, 19. El caso Allen y la manera en la que Oprah y Shonda lo han trasladado al movimiento *Time's up* establece una manera nueva de pedir cuentas. Es un sistema de poder transversal que desata reacciones en cadena imposibles de controlar. En el mismo Oviedo se ha pedido la retirada de la estatua del autor y en la lista de actores que ya no trabajarán para él aparece una sorpresa cada día; el último, Colin Firth. El arte y la creación están repletos de genios depravados cuyas obras han permanecido aunque sus autores hayan sido unos canallas. Pero con el movimiento *Metoo* han quedado proscritos grandes artistas que en sus vidas se han comportado como grandes sinvergüenzas. Al artista ahora se le exige ser un hombre honorable.

Robert Redford lo decía hace unos días en Sundance: ahora el papel de los hombres es escuchar. Algo es algo pero ¿no han sido demasiados siglos para conseguir algo tan básico?

Vuelta de hoja

El tapiz de Bayeux

Miguel-Anxo Murado
Escritor y periodista

Se dice que la historia la escriben siempre los vencedores, y solo los hombres. No siempre ni solo. Por ejemplo, cuando los normandos conquistaron Inglaterra en el siglo XI, las mujeres inglesas cosieron un gran tapiz de setenta metros de largo contando su derrota. Y, aunque es probable que fuese el encargo de un obispo normando, el hecho es que lo tejieron con sus manos blancas, sus agujas punzantes y a su manera. Se lo conoce como el Tapiz de Bayeux porque se conserva en esa ciudad de Normandía, y de él se habló estos días, porque el presidente Macron ha prometido que se lo prestará al Museo Británico. Sería la primera vez que la pieza abandonase Francia en casi un milenio. Macron lo ofrece como gesto de amistad, pero en Gran Bretaña hay quien lo ve con desconfianza. Napoleón también exhibió el tapiz cuando pensaba invadir Inglaterra, para mostrar que, si se había hecho una vez, se podía hacer otra. Macron, piensan los suspicaces, también estaría haciendo propaganda con la tela, recordándole a la Gran Bretaña del *brexit* sus vínculos con el continente.

No sé. Lo interesante es el tapiz, que en realidad no es tapiz sino un bordado de lana sobre lino. Siempre me ha fascinado. Durante un tiempo incluso tuve en mi despacho un modesto facsímil, en forma de tira de postales, que había comprado en el museo en el que se exhibe en Normandía. Como en un cómic, en sus setenta y tres escenas se puede seguir la apasionante historia de la guerra entre el infortunado rey Harold y el duque Guillermo de Normandía. Pero lo más curioso son las escenas de la vida cotidiana. Vemos hervir sopa y hornear pan. En un panel se cazan pájaros con tirachinas, en otro pasa puntual el cometa que aún no se llamaba Halley, pero lo era. A los ingleses se les distingue porque lucen bigote y el pelo largo. Los normandos son lampiños y llevan las nucas rasuradas, beben vino en vez de sidra y montan con estribos, lo que algunos piensan que les dio la ventaja decisiva en la batalla. Todo está cosido en detalle por las tejedoras de Canterbury, que, calculando por las puntadas, habrían sido hasta una treintena.

Yo me he fijado mucho en el caballo que monta Guillermo el Conquistador porque decía Wace que se lo había traído de Galicia un noble peregrino a Santiago. Si es así, este «sun boen cheval», su buen caballo, como le llama el cronista en su lengua anglonormanda, fue el que casi le tira, el que luego murió en el clímax de la batalla. «Ne en poedit l'en meillor trover», no se podía encontrar uno mejor. Quiero pensar que, aunque cosido a otra escala, era uno de nuestros pequeños y robustos caballos do monte. En todo e so, las mujeres que confe cionaron el tapiz amaban los caballos, porque se d tinguen perfectamente l destreros de los palafren y de los caballos de carg Haciendo un recuento, un d ocioso, me salían en total c si doscientas monturas ent caballos y mulos. La invasió normanda de Inglaterra, y me la imagino algo así com una variante belicosa de A San Lucas de Mondoñedo.

Más aún que eso, lo que m atrae del Tapiz de Bayeux e que me parece una metáfor perfecta. Porque la histori en general, es eso: un tapi bordado a veces con pasió y a veces con resignación po manos anónimas, en este ca so las de mujeres que había visto con sus propios ojos, po cos años antes, la guerra qu cuentan. De vez en cuando, l pena de un dedo se pincha sangra, y la sangre se confun de con el tinte de rubia vege tal. Si se mira de frente, pare ce que todo fue como debí ser, y ahí es donde el tapiz po dría ser una obra de propa ganda. Pero si se espía e reverso, es un caos de hi los, dudas y puntadas a azar.

ILUSTRACIÓN ED

Real Asociación Amigos Museo Reina Sofía

GRACIAS
A todos nuestros socios.
Por su generosa colaboración con la que podemos apoyar al Museo a través de donación de obras de arte y otras acciones.

Tú también puedes colaborar y disfrutar de las ventajas de ser socio

www.amigosmuseoreinasofia.org
c/ Santa Isabel, 52 • 28012 • Tel.: 915 304 287
asociación@amigosmuseoreinasofia.org